

DESDE EL CUARTO PISO - LA SEMANA DE LA MONTAÑA.

“Bienaventuradas mis narices que respiran de nuevo la libertad de las MONTAÑAS”. (Federico Nietzsche).

Amigos y Amigas de la MONTAÑA:

Después de 22 años de celebrar con ustedes la SEMANA DE LA MONTAÑA del Colegio Champagnat, (las fechas de este año eran 19, 20, 21 y 22 de agosto), nos vimos precisados a suspenderla este año por la causa de todos conocida, la pandemia del coronavirus. Muchos me han preguntado si este obligado encierro ha sido para mí un trauma muy duro de soportar ya que acostumbrado como estoy a ESCAPARME a la Naturaleza, ahora no he podido salir al aire libre, a perderme en los amplios espacios de la MONTAÑA, de los páramos, de la selva y de los desiertos. Quizás les sorprenda mi respuesta: No. Desde luego que hubiera sido mejor que esta pandemia no nos hubiera encerrado en nuestras casas. En ellas hemos podido hacer muchas cosas maravillosas que quizás de otra forma ni hubiéramos podido hacer, no lo podemos negar.

Pero en mi caso particular, esta es mi verdad: yo llevo la Montaña y los grandes espacios abiertos en mi corazón. Desde aquí he gozado de la libertad de las MONTAÑAS, de la augusta solemnidad de las selvas y de la soledad creadora de los desiertos.

Volveremos a celebrar el año próximo LA SEMANA DE LA MONTAÑA como siempre, con otro gran invitado internacional, y celebraremos unidos y con las manos entrelazadas la profunda alegría que produce en el alma la absoluta libertad de las MONTAÑAS.

Mientras tanto, amigos, los dejo con el texto más bello que he escrito sobre “los seres del retorno” y que dediqué a mi hermano del alma,

Arturo Romero Palacios, con quien escalé muchas montañas en Europa y que se quedó para siempre en “un siete mil,” del Himalaya.

LOS MONTAÑISTAS SON LOS SERES DEL RETORNO

El sol, el viento y las tormentas los han ido curtiendo y volviendo su piel hacia el interior. Rudos por fuera, son sensitivos por dentro. Como las flores de las MONTAÑAS que ellos tanto aman: delicadas y salvajes en su pequeña belleza. No, no buscan la muerte como algunos fingen creer. Nadie como ellos para amar la vida. Son los grandes amadores porque son los grandes despreciadores. Aman la patria en la que han nacido (siempre se nace en un sitio que no se ha escogido), y sobre todo la que han elegido: la MONTAÑA. Entonces para ellos todas las MONTAÑAS son bellas; más que un accidente físico, una denominación geográfica, las MONTAÑAS son el reino de la luz, el camino a los nuevos amaneceres.

Si el Hombre es un nómada, nadie mejor que ellos encarna este imperativo. Hoy están aquí, mañana lucharán por aquella cumbre. Luego serán otras y otras en los horizontes. Como los nómadas, llevan pocas cosas a cuestas y mucha riqueza interior. Dondequiera que vayan, la MONTAÑA, su patria interior, irá con ellos. La MONTAÑA es su modo de mirar la vida. Su comunión con los grandes espacios abiertos ha afinado en ellos sentidos ocultos: ellos comprenden la verdad del viento, auscultan la palpitación de las rocas, dialogan con los elementos y cohabitan con los vértigos. Ellos saben del misterio de las nieblas y conocen los escondites de las águilas, sus ojos han mirado de cerca el esplendor del cielo cuando en las noches las estrellas han velado la víspera de una escalada largo tiempo soñada y a conciencia preparada. Su alma ha conocido LA PAZ PROFUNDA que se establece después de los largos combates y les niega satisfacción en alegrías ya superadas.

Tanta inmensidad acumulada en sus ojos, tanto silencio apelmazado en los oídos, tanta complicidad con las fuentes secretas de la vida, han ido depositando en su ser riquezas invisibles. La amistad es su fuerte y en ella son expertos. Yo los he visto ejercer el noble rito de los amigos. Todo puede ser simple: atacar la pared con la doble fortaleza que da la cuerda que los une y luego abrazarse en la cumbre. Un rito simple en el que se encuentran dos mundos, en el que se reconocen dos exiliados que han hallado por fin el camino de regreso.

¡Y que hermosos son los retornos! Los montañistas son los seres del retorno: viven en camino, parten al amanecer, siempre al encuentro del sol y saben reconocerse en cada vuelta del sendero, en cada flor, en cada insecto, en cada cosa. Cada cumbre en el horizonte es su destino. Han preferido el riesgo a la inmovilidad; el frío, el viento, la sed, el cansancio, a la seguridad de los seres establecidos. Ellos podrían lícitamente sentir compasión, pero no lo hacen; aún no han encontrado tiempo para ello y su oficio no es mirar a los demás sino avanzar hacia sí mismos.

También yo quisiera ser como ellos: grandes en su pequeñez y pequeños en su grandeza. Yo quisiera levantar mi tienda en el glaciar o sobre una terraza de rocas al lado de la suya. Yo quisiera, como ellos, alumbrar nuevos amaneceres.

Andrés Hurtado García
Madrid 1976.